

minación; pero habiéndose dicho de nulidad ante el Supremo Gobierno, el señor Oficial Mayor, encargado de la Secretaría de Relaciones, para poder contestar á la nulidad elevada contra el Ayuntamiento, pidió el expediente que se ha formado en el Gobierno del Distrito. Hé aquí los hechos que han dado margen á los señores del *Cosmopolita* para impugnar acremente al Excmo. Ayuntamiento y para querer ridiculizar al Gobierno; pero lo más singular es que no quieren que sea éste un asunto de policía, y que después, á continuación, se quejan de que no se tomasen providencias sobre el desorden ocurrido en el mismo teatro, pidiendo la representación de la ópera mencionada.”

Los opositores á Patiño desatáronse verdaderamente contra él y sus intrigas, sobre la base de que el público de México era uno de los primeros públicos del Universo: “Se puede decir—escribía uno de nuestros críticos,— que el público de México, excepto en el número, no cede en nada á los públicos de otras capitales, y se puede tener por mejor que los de otras ciudades muy populosas de aquel viejo mundo: y ¿cuál habrá sido mi sorpresa al ver que se ataca á ese público, y se trata á nuestro escogido pueblo de ignorante y de gente de mal gusto? Tal arrojó no podía ser más que de un músico y literato *pelón*, que para atacar al público y á México la toma nada menos que con la *Césari*, una de las actrices que hacen sus delicias. Atacar al público de México en su *Césari*, su *Albini*, su *Mussati*, su *Galli*, su *Fornasari* y su *Santi*, es causa desesperada. No se imagine *el pelón* que me voy á ocupar de contestarle, y basta que la *Césari* nos haga la justicia de acordarse que su único y poco noble enemigo *no es mexicano*. Esfuércese la *Passi* cuanto quiera, y obtenga algunas veces aplausos, mas nunca subirá á la riqueza de una *Albini*, ni á la gracia seductora de una *Césari*, ni á la maestría escénica de un *Galli*, ni al gusto y exactitud de un *Mussati*. No, nunca llegará á superar á la *Césari* de la que con razón dice un literato mexicano: “*Mas cese la ilusión, rásguese el velo,—Adela es la que encanta, la adorable.*” En lo que no cabe duda es en que el teatro de esta Capital, jamás se ha visto tan mal servido como bajo la dirección del gallego *pelón*, que en la época en que fué cómico demostró que ninguno se encontraría con más defectos que él, y no comprendemos como pueda estar en sus intereses arruinar á la Empresa á que representa; él destruyó la ópera antigua, después la Compañía de verso que teníamos, y por último, concluirá con la que existe hoy; es indispensable que las autoridades intervengan y vigilen para evitar mayores males, y que los disgustos tomen un carácter que á ellas mismas perjudique.”

Estos temores no tardaron en verse confirmados, y un editorial del periódico gobiernista, dijo después de uno de aquellos escándalos. “Anoche se susurraba un motín en el teatro, en que pudimos contemplar la algazara acalorada, la grito descompuesta, las amenazas,

los dicerios, y todos los síntomas precursores de una ruptura hostil. En este inminente conflicto *quizás se habia preparado algún combustible sero para un incendio político en circunstancias tan delicadas, figurando en ello personas conocidas por sus esfuerzos en alterar la paz*, y es de sentirse que con tan frívolos pretextos se comprometa la tranquilidad del vecindario y aun el buen orden social.”

Lejos de darse término á tan estrambóticas rencillas, *passistas, albinistas y cesaristas* se exaltaron más y más, y escribieron verdaderas atrocidades, de una de las cuales habló así el *Diario del Gobierno*:

“Hemos leído con el mayor disgusto un folleto titulado *La Europa y la Césari*: la virulenta pluma de su autor ataca en él y despedaza cuanto encuentra delante, y la Administración de la Opera Italiana, las actrices, los concurrentes, los franceses, los mexicanos, el General Tornel, los demás Ministros, el Gobierno Nacional, el de Francia, las naciones amigas, todo se impugna y á todos se calumnia, tomando por pretexto una cuestión puramente artística y teatral. Desde luego se conoce que sólo la odiosidad contra la actual Administración dirige la pluma del despreciable autor del folleto, pues se atreve á estampar que ha hollado la Constitución y las leyes del país, y que su empeño se dirige á que no quede una sola ignominia, una sola desgracia que no haga llover sobre la patria. . . .”

Creo que lo dicho basta para dar una idea de nuestro teatro, nuestro público y nuestros empresarios en ese año de 1836. En medio de esos escándalos, disgustos y pequeñeces, cantáronse, además de las óperas que ya he citado, y de repeticiones de otras ya conocidas, *El Pirata*, *Ana Bolena*, *El Condestable*, *La Pietra del Paragone* y *Guillermo Tell*, ejecutada ésta por primera vez en nuestro Teatro Principal el 16 de Setiembre de dicho 1836, por ser, según reza el revistero del periódico del Gobierno, *análoga á la celebridad del día*.

Al acercarse Diciembre y con él los últimos días de la temporada, el inquieto Patiño de nuevo suscitó odios y rencores, disponiendo que Fornasari quedase fuera del cuadro. “Corre por ahí—dice un cronista—la voz de que el compromiso del Sr. Fornasari en nuestro teatro, concluye con el año, y que no quiere el Sr. Patiño que continúe. No creemos que este señor lleve á tal punto las pasiones mezquinas que se le han supuesto en los debates teatrales que han ocurrido desde que trajo esta Compañía, y que al gusto de satisfacer esas pasiones todo lo sacrifique, y pasiones mezquinas se llama tener una predisposición de odio contra un actor, ó celo miserable y mal entendido de no haberlo ajustado. Obsérvase que tenemos cinco bajos, que son: *Galli*, *Santi*, *Spontini*, *Leonardi* y *Fornasari*. *Galli* es el músico más instruído, el actor más sobresaliente, y el director más hábil; por nada de este mundo quisiéramos privarnos de nuestro *Galli*, pero no es culpa suya si su laringe sigue la suerte general de la

condición humana. Es inimitable en los caracteres bufos, porque en estos papeles debe brillar más el actor que el cantor, mas por su propia gloria debe dejar los caracteres serios: su *Asur* no es ya aguantable, su *Enrique* no tiene una entonación en su lugar, y su *Fernando* no vale más: en la *Urraca*, en el dúo que canta con la Passi apenas se sueltan los dos es cosa de echar á correr, por los desentonos de ambos. Ni Leonardi ni Spontini se pueden poner en comparación con Fornasari: la diferencia de sonidos de sus voces es la que hay entre el sonido de una campana y el de una puerta, y el Sr. Santi no es bajo sino barítono. Así, pues, ninguno de ellos puede reemplazar al Sr. Fornasari. Suplicamos á la Empresa que nos conserve al Sr. Galli para director de escena y para los papeles bufos, y que nos conserve á Fornasari para reemplazar á aquél en los serios."

Al copiar este artículo, el *Diario del Gobierno* añadió: "Estamos enteramente de acuerdo con el articulista, porque somos apóstoles del orden y de la libertad bien entendida, y por nada quisiéramos que volviesen á ocurrir los desórdenes tan desagradables de días pasados: no se puede dejar de convenir en que en los espectáculos establecidos para el público y con los que se especula sobre su bolsa, tiene derecho este público á pedir tal ó cual cosa, y á ser servido de ésta ó de aquella manera, sin que esto ofenda el derecho de propiedad: éste es amplio é indispensable para abrazar ó no empresas de este género; pero una vez entrado en ellas se aceptan todas las obligaciones anexas á servir á un público."

Del cuadro de verso, poco menos que nada tengo que decir. Según hemos visto en algunas de las críticas que dejo copiadas, las malas voluntades y pequeñeces de Patiño, también entre los actores del Principal habían introducido la desunión, y los mejores faltaron en ese año de 1836. La Dubreville y la Cordero, y Fuentes, Castro y González llevaron el peso del trabajo, distinguiéndose los susodichos Soledad Cordero y Antonio Castro que, si bien muy al principio de su carrera artística, iban ya descubriendo los méritos sobresalientes que debían conquistarles lugar eminente en los anales del arte dramático en su patria.

Patiño y sus errores como *autor* de esas compañías, compartieron la celebridad con las píldoras inglesas de Morison, introducidas en ese año en México con grande escándalo y oposición de los boticarios, que combatieron su uso como peligroso, en miles de articulejos y párrafos de periódico, ya en serio, ya de burla. En cierto día uno de esos farmacéuticos, criticando que á las píldoras se las titulase *universales*, se dirigió á un agente con la siguiente pregunta:

"Señor Morisoniano, dígame usted:

¿sus píldoritas curan
callos de pies?
¿Hay, por ventura,
algún certificado
de aquella cura?"

Y el irritado agente, que parece que era un sastre, contestó también por medio de un periódico:

"Mediquín, tu versito
bien nos enseña,
que tú tienes los callos
en la cabeza.
Si quieres cura,
Morison te aconseja
trépano y muda."

Como se ve, no faltaban ingenio ni buen humor en medio de las infinitas calamidades que entonces afligían á México.

Dejando á un lado esos *chistes*, y volviendo á nuestro teatro, digamos algo del actor mexicano Antonio Castro que no ha mucho nombré. La hermosa Guadalajara, Capital de Jalisco, fué el lugar de su nacimiento, ocurrido el 2 de Mayo de 1816. Hijo del Teniente Coronel D. Antonio Castro y de D^a María Montes de Oca, fué traído á México á la edad de seis años, con objeto de darle una educación como á su clase convenía, pero cuando la hubo adquirido y llegó el caso de elegir carrera, venciendo las preocupaciones de familia y sociales optó por la de artista dramático, y para seguirla, ingresó en la Academia ó Conservatorio que fundó el Gobierno en 1831, poniéndola bajo la dirección de D. Bernardo Avecilla, de quien el joven Castro recibió las primeras lecciones de declamación. Protegido por D. Manuel Eduardo de Gorostiza, Antonio Castro hizo su presentación en el Teatro Principal el 15 de Agosto de 1834, en la comedia francesa *La Madrastra*, traducida por Gorostiza. El éxito de esa presentación fué de lo más satisfactorio para el nuevo actor, que en el invierno del mismo año trabajó con mucho aplauso en Veracruz. Ya con alguna experiencia y con algún caudal de obras, regresó á México en 1835, para desempeñar el puesto de galán joven en la Compañía Dramática del Principal, puesto que supo llenar honrosamente, descubriendo, como hace poco dije, los méritos sobresalientes que debían conquistarle en pocos años, lugar distinguidísimo entre los artistas mexicanos.